

LA GRAN HECATOMBE

ARMANDO GOMEZ LATORRE

Ocho millones seiscientos mil muertos, 22'500.000 heridos, 7'500.000 desaparecidos, 30 naciones en guerra que movilizaron 65 millones de soldados y pérdidas materiales por 200 billones de dólares, parecían en 1939 datos monstruosos y aterradores de la Gran Guerra o Primera Guerra Mundial —agosto de 1914 a noviembre de 1919— suficientes y convincentes para que la humanidad se entregara a vivir en paz. Sin embargo, esto no ocurrió. Una vez más el viejo axioma filosófico de que el hombre es para el hombre un lobo, se cumplió inexorablemente en una segunda y peor conflagración cuyos estertores aún estremecen al mundo.

Para eterna desgracia del hombre, siempre es probable que las guerras se aplacen pero no que se eviten. La agresividad parece ser una condición congénita de la humanidad. Esta, a pesar de todo y de las trágicas experiencias, nunca aprende la lección apocalíptica. Y así ocurrió hace exactamente 44 años, cuando se precipitara a la más pavorosa y desastrosa hecatombe que registra la historia universal.

Era el domingo 3 de septiembre de 1939. Europa, el pequeño continente supercivilizado, abrió el grifo de sangre ante el choque de los intereses creados, las pugnas de los nacionalismos, la ambición desmedida de caudillos enloquecidos y el ansia frenética del poder.

El corazón del globo terráqueo se paralizó por un instante. La hora cero había llegado. Los grandes y pequeños periódicos y la radio difundieron la fatal noticia: Inglaterra y Francia declaran la guerra. Venció el plazo del ultimátum y Hitler no envió respuesta. Movilización general de las potencias. Pánico en la bolsa. Los dirigentes formulan declaraciones. El Papa Pío XII recomienda oraciones por la paz. Polonia rechaza la agresión nazi. Francia considera inexpugnable la Línea Maginot. Bombardeada Varsovia. Alemania reclama la integración del pangermanismo, Rusia el paneslavismo y Estados Unidos el panamericanismo, Mussolini, Hitler y Tojo constituyen el Eje Totalitario. Sobrevivirá el mundo a la hecatombe?.

A las 12 del día, hora de Londres, termina el plazo del ultimátum aliado a Hitler para que éste abandone los territorios poloneses invadidos. Si el dictador nazi acepta, de inmediato se iniciarán negociaciones para decidir sobre los 16 puntos que Hitler propuso a Polonia pero que, según se informa, nunca llegaron a conocimiento del gobierno polonés. En Colombia, el presidente Santos declara: "La solidaridad americana es la norma de nuestros actos". En los muros aparece la cruz gamada y se vaticinan marchas de camisas azules.

Por aquellas calendas todo parece una atroz pesadilla.

Es increíble el anhelo apasionado de destrucción que entonces gravitó sobre las potencias. Y cuál el destino de los pueblos débiles e indefensos? Marchar uncidos al carro apocalíptico del dios Marte? —"Si se declara la guerra, tendré cuidado de respetar vuestra casa, que será la única que quedará en pie

a los pocos días en Londres”, había dicho Hernán Goering, el rubicundo comandante de la Lutwaffe al circunspecto y flemático Sir Neville Chamberlain. —“No, nada con el Hitlerismo, declaraba frenético Churchill. Si esta isla cumbre, continuaremos la guerra desde el Canadá o Australia pero no haremos la paz sin la victoria completa. Con sangre, sudor y lágrimas, Inglaterra luchará”. Y luchó y venció, ante el asombro de un mundo desgarrado por la tormenta.

No obstante, la gran tragedia tiene hoy un carácter evocativo. ¿Piensa hoy el mundo como el de 1939 con relación a la Gran Guerra y sus desastrosas consecuencias? ¿Ha servido para algo aquel tiempo infernal de 5 años, 8 meses y 6 días de agonía permanente para prevenir otra conflagración que —esa si— implicaría la destrucción de la humanidad? ¿No representan nada 55 millones de muertos, 90 millones de heridos e inválidos, 56 países beligerantes destilando odio, ciudades enteras destruidas, todas las leyes de la naturaleza violadas y la bomba atómica suspendida sobre el futuro del planeta como signo de locura destructiva?

Es indudable que, como lo expresó un célebre político colombiano, el hombre es una brizna en las manos de Dios. Y Dios creó el mundo y descansó un domingo. Y un domingo de 1939 el hombre, porque sí y ante sí, ordenó destruir lo que El había creado.